

texto **Víctor Raga**



dibujos **Montse Español**

Algar

Un vecino lleno de sorpresas

Explora el universo con el señor Cantalombardi



1

Estás desintegrado, Martín

Elena va a mi clase y, encima, vive en el mismo edificio que yo. Esto quiere decir que cada día vamos juntos al colegio o volvemos juntos a casa. Todo el día arriba y abajo con mi vecina. En la clase ya preguntan que si somos novios. Ella se ríe, porque le encanta hacerme rabiar, y a mí me da ganas de devolver.

Y por si eso fuera poco, Elena sube cada día a hacer los deberes a mi casa. A mí no

me gusta porque me desordena todas las cosas. Pero sus padres trabajan hasta tarde y mi madre está encantada porque dice que así me ayuda y puede jugar conmigo.

A veces pienso que lo único que quiere Elena es fastidiarme. Un día, hasta le soltó a mi madre:

—No se preocupe, señora Manzaneque, yo me ocuparé de Martín, es un sol de niño.

Como si yo fuera un crío de dos años. ¿Pero quién se ha creído que es, mi canguro? ¡Decidme si no es para vomitar!

Además, le tenemos que dar de merendar. Y come a dos carrillos. Ella sola se puede comer una tableta entera de chocolate y una ensaimada rellena de chorizo, todo a la vez, y después beberse un vaso de gaseosa y soltar un eructo. Sí, sí, un eructo como el de una elefanta. A mi madre, eso le hace mucha gra-

cia. «Je, je, Elenita, qué eructo has soltado, guapa», dice. Pero si lo hago yo, entonces soy un bestia y me saldrán gusanos en el culo. Sí, claro, gusanos... Y una vaca, ahora sí que me ha tocado las narices.

Elena siempre me está metiendo en líos, y por culpa de eso conocimos al señor Cantalombardi.

Era viernes, y mi madre dijo que nos dejaría solos porque tenía que ir a hacer unos encargos, que no viéramos demasiado la tele y que aprovecháramos para hacer los deberes. Elena puso cara de no haber roto nunca un plato:

—Sí, señora Manzaneque.

Entonces, mi madre le acarició las mejillas.

–Eres una niña muy guapa –le dijo.

–Sí, señora Manzaneque.

–Y muy responsable.

–Sí, señora Manzaneque.

Después, mi madre me miró y suspiró.

–A ver si aprendes un poco, Martín, que siempre tengo que estar encima de ti para que hagas los deberes.

¿Qué es lo que tenía que aprender? Aún no hacía ni medio minuto que se había ido y Elena ya había conectado la tele.

–¿Qué haces? Tenemos un montón de multiplicaciones por hacer –le dije.

Pero ella me contestó que me ahogaba en un vaso de agua y que las multiplicaciones no se irían corriendo, que ya las haríamos más tarde.

–Además –añadió–, mañana es sábado, tenemos mucho tiempo hasta el lunes.

La verdad es que tenía razón, así es que empezamos a ver un programa de dibujos. Pero al cabo de cinco minutos, Elena dijo que se aburría y se fue a mi habitación. Un minuto más tarde la encontré revolviéndome los juguetes. Todas las cajas patas arriba.

—¿Quieres no desordenar la habitación? Tendré problemas con mi madre por tu culpa —le dije.

Pero Elena cogió un fusil de rayos ultrasónicos y me apuntó a la cabeza.

—Manos arriba, estás detenido.

Me quedé mirándola fijamente. Daba ganas de reír.

—Ve con cuidado, que se puede romper, el fusil desintegrador no es un juego para niñas —le dije.

—Bum, bum, bum —hizo ella con la boca—. Estás desintegrado, Martín.

–No se hace así, lista, debes apretar los botones.

Entonces, Elena se enfadó y lanzó el fusil al suelo.

–Da igual, a mí no me gusta jugar con escopetas.

–Primero, no es una escopeta –le dije–, y segundo, si la rompes me la pagas.

Pero no se molestó ni en responder, sino que se lanzó encima de la cama y empezó a saltar.

¿Lo veis? ¿Veis como siempre tiene que estar haciendo el cabra?

Los cojines y el cubrecama cayeron al suelo y el pobre Pupi se quedó destapado. Entonces, Elena lo cogió y empezó a columpiarlo como a un bebé.

–¡Mira qué peluche más gracioso! –dijo–, ¡qué cara más dulce tiene, es un encanto!



—Es un oso y se llama Pupi. Así que no le hables como si fuera una de tus muñecas, por favor, que me dan arcadas.

—No sabía que te gustaba jugar con peluches.

—No es que me guste jugar con peluches. Pupi está conmigo desde que nací. Es como un amigo, y por suerte a él no le tienes que aguantar que te revuelva todos los juguetes.

Entonces, Elena movió la mano del osito, como si saludara.

—¿Te gustaría que jugáramos a papás y mamás y que él fuera nuestro hijito, Martín? ¿Y tú qué dices, Pupi, preciosidad mía? —El oso hizo que sí con la cabeza y se lo quitó bruscamente.

—¿Tú crees que soy idiota? No le hagas decir eso.



Estaba que me subía por las paredes y me puse a arreglar la habitación. Mientras tanto, Elena continuaba dando la murga con lo del aburrimiento.

—¡Eh!, tengo una idea —dijo de pronto—, podríamos subir a la azotea.

—Mi madre no quiere que subamos solos a la azotea. Es peligroso.

Pero ella no me hizo caso.

—Podríamos espiar al viejo que vive en el ático. ¿Has visto la cantidad de trastos que tiene en la terraza? Parece una feria. Venga, vamos a hacerle una visita.

—Ni pensarlo. Dicen que está como un cencerro. No habla nunca con nadie y siempre está como enfadado.

—¿De dónde has sacado eso? El señor Cantalombardi es una buena persona. Una vez me dio un caramelo.

–Sí, como el hombre del saco. Mi abuela dice que el hombre del saco también se hace el simpático, pero que se lleva a los niños que no comen verdura.

–Las abuelas no dicen más que barbaridades para que te comas la fruta y la verdura, ¿no lo sabías? El hombre del saco no existe, Martín.

–Sí, ya lo sé, pero eso no quiere decir que te fíes del viejo del ático. Tiene un catalejo y se comporta de una manera extraña. A veces enciende la estufa, aunque sea verano, y la casa desprende un olor insoportable.

–Sí, huele mal, a hervido y a carne asada, ya ves tú qué extraño, como cuando mi madre prepara el cocido. Siempre se le pegan los garbanzos y hace una peste que tumba de espaldas.

–¿Sabes qué pienso? –dije bajando la voz–. Creo que el señor Cantalombardi es un vampiro y que se alimenta de criaturas.

Elena se echó a reír.

—Ya vuelves a decir barbaridades. ¿Por qué tiene que ser un vampiro? El señor Cantalombardi está jubilado. Creo que era maestro o científico, no lo sé muy bien. Quizás tiene un catalejo porque le gusta ver la Luna.

A los hombres lobo también les gusta ver la Luna, pensé. Quizás el señor Cantalombardi era un adorador de la Luna, o vete a saber qué. Pero entonces mi vecina cogió a Pupi, se fue corriendo y me dejó con un palmo de narices.

Cuando reaccioné, salí disparado tras ella y la seguí escaleras arriba.